

## CUAL ES EL PROPOSITO DE MI VIDA?

Por: Jairo A. Mosquera  
Marzo de 2016

Esta es la pregunta que todos nos deberíamos plantear y tratar de responder con la mayor claridad. En la medida en que lo hagamos, así también nuestra vida tendrá una orientación, y así alcanzaremos las metas que nos proponemos.

No es muy difícil determinar cuál debe ser el propósito de nuestra vida. Las enseñanzas de Cristo nos lo indican claramente.

El universo, todo cuanto existe, es una creación de Dios. Nosotros somos parte de ese universo, de esa creación de Dios. La creación tiene un propósito divino, establecido por el mismo Dios.

Cuál es el propósito de la creación y de nosotros mismos como parte de ella? Cuál es la voluntad de Dios para su Universo y para sus criaturas? Cuál es su propósito, y por tanto, cual debe ser el nuestro?

En cuanto que cumplamos la voluntad de Dios estamos cumpliendo los fines para los cuales hemos sido creados. En cuanto que nos apartemos de ella, nos apartemos de los fines de la creación, estamos socavando nuestra propia destrucción, ya que nada puede prosperar en contra de la voluntad de Dios. Podemos imaginarnos eso? Como puedo ir yo en contra de la voluntad de Dios? Si Dios existe, no creó este universo ni a nosotros en vano, sino con un propósito, que no puede ser otro que el de la perfección: “sed perfectos, así como yo soy perfecto”.

Muy seguramente no voy a tratar de contrariar conscientemente la voluntad de Dios, pero inconscientemente sí. Mi orgullo, mi vanagloria, mi apego a las cosas materiales, mis instintos animales me pueden llevar por el camino equivocado, el mismo camino que tomó Lucifer llevado por el orgullo de su propia “perfección”. Y nosotros somos mucho más imperfectos que Lucifer, podemos ser mucho más propensos a caer en el mal.

Una de las mejores experiencias de una vida ya larga como la mía, es mirar el pasado y darse cuenta cómo se han alcanzado y sobrepasado todas las metas que uno se ha propuesto. Y entonces se encuentra la respuesta en las páginas del libro de Urantia: para todo lo que nos proponemos en el camino del bien, del amor, de la voluntad de Dios, está a nuestro servicio la ayuda divina, presta a que nuestros propósitos se hagan realidad. Porque en la medida en que nuestra voluntad se alinie con la voluntad de Dios, nuestro propósito es el propósito de la creación y por tanto se va a realizar, va a superar cualquier obstáculo, no tiene límites. Entonces “nuestras” realizaciones – en realidad las realizaciones de Dios a través de nosotros – pueden alcanzar metas insospechadas, mas allá de lo que nosotros mismos nos podemos imaginar. Mi propia vida es un testimonio.

Reconozco ahora que sólo recientemente estoy superando mi egoísmo y proponiéndome cosas más acordes con la voluntad de Dios. Pero veo también que dentro de mi egoísmo – es decir proponiéndome mi propio beneficio – aun así Dios me ayudó. Por qué y para qué? Ahora lo comprendo. Porque de esta manera puedo hoy tener los medios para orientar mejor mi vida para hacer la voluntad de Dios. Dios me ilumine con voluntad!

Después de orientar mi vida durante largo tiempo con propósitos materiales y egoístas, hoy comprendo que el propósito de la vida no debe ser ni material ni egoísta. Ahora comprendo que no había comprendido el propósito final de mi vida. Mis propósitos habían sido propósitos materiales, propósitos temporales en todo el sentido de la palabra.

El propósito final de la vida debe ser espiritual. Porque esa es nuestra verdadera naturaleza: la naturaleza espiritual. Nuestra naturaleza material es apenas pasajera: es nuestro primer ropaje, nuestra primera experiencia, cuyo propósito fundamental es el aprendizaje para comprender mejor la realidad – la verdadera realidad – y prepararnos para ella.

Y más concretamente, el propósito de la vida debe ser el esclarecimiento espiritual.

Esclarecer, según el diccionario, es iluminar una cosa, iluminar el entendimiento. Es poner en claro, empezar a amanecer.

Entonces el esclarecimiento espiritual es iluminar nuestro entendimiento de la realidad espiritual con la luz de Dios. Es identificar dentro de nosotros la voluntad de Dios, e identificarnos con ella. Es el amanecer de nuestro espíritu.

Y como sabemos cuál es la voluntad de Dios? La respuesta está dentro de nosotros mismos. Debemos buscar con sinceridad esta iluminación, esta respuesta, y el hallarla – para cumplirla – debe ser el principal propósito de nuestra vida. Que quiere Dios de mí? Para qué se me ha dado esta vida? Cada quien encontrara la respuesta en el fondo de su corazón, abriéndolo sinceramente a la comunicación con Dios, que está dentro de cada uno de nosotros. Dios nos llama, pero nosotros le cerramos nuestra puerta. Abrámosla! Es así de sencillo! Creamos en El, en nuestro mejor amigo, en nuestro Padre, en nuestro mejor guía. Oremos no solo para pedir, sino principalmente para encontrarle. No para decirle qué queremos, sino para que nos diga que quiere El de nosotros. No será más sabio lo que quiere Dios que lo que nosotros queremos?

Ojala mis lectores lo comprendan más temprano que yo, pues así podrán obtener frutos espirituales más abundantes en sus vidas. Pidámosle a Dios que así sea.

Buscando el esclarecimiento espiritual, qué encontramos? Que toda nuestra vida, todos nuestros pensamientos, palabras y actos, deben estar inspirados en el amor, en el bien.

Como nos enseñan nuestros maestros espirituales, el amor es la energía más poderosa que existe, es la fuerza impulsora del proceso creativo. Cualquier propósito que tenga sus raíces en el amor está destinado a ser realizado. El amor del Padre celestial es el origen de nuestro ser. Fuimos concebidos por amor al comienzo de la eternidad y el Padre sólo tiene amorosas intenciones hacia nosotros. El amor es la pequeña chispa necesaria para encender un fuego devorador. Debemos confiar en nuestra propia chispa de amor. Y lo más importante, encender la chispa de amor en nuestros semejantes. Si elegimos el amor, nos sorprenderemos por la purificación que ocurrirá en nuestro corazón y vida.

Si la luz de Dios nos ilumina con el amor, entonces el esclarecimiento espiritual significa estar iluminado por el amor. El mero sentimiento del amor no es suficiente: tenemos que manifestarlo, tenemos que hacer el bien.

Más importante que el comprender es el sentir. Pero más importante que el sentir es el hacer.

Todos tenemos la experiencia de estar rodeados de personas que en una forma u otra nos demuestran sus conocimientos en una u otra cosa. De pronto todos queremos dar esa impresión. Pero cuánto más valiosa es la impresión que nos produce una persona humilde que sin mayores pretensiones nos muestra su bondad.

Si todo se reduce a nuestro propio provecho, si nuestra comprensión o nuestra “bondad” no se traduce en actos que beneficien a los demás, entonces tampoco estamos cumpliendo con la voluntad de Dios, no estamos siendo sus instrumentos en el propósito de la creación. La famosa parábola de los talentos en la Biblia es muy clara y verdadera: si no ponemos nuestros “talentos” – materiales o espirituales – al servicio de los demás, si no los multiplicamos sino que los enterramos, si no damos frutos, entonces no cumplimos con lo que Dios espera de nosotros y para lo que fuimos creados: que seamos sus agentes en el perfeccionamiento de la creación. Dios directamente no le da de beber al sediento, no le da de comer al hambriento, no le da techo al que lo necesita: cuenta con nosotros para hacerlo. El fruto del amor es el servicio.

Debemos comprender y sentir el amor y el servicio a nuestros semejantes, y no como una carga sino como un gozo, no como sacrificio, no como un deber, sino como un afecto sincero que hace del servicio amante la felicidad suprema, de conocer las delicias de donar afecto de nuestro corazón.

Encontramos la felicidad, la felicidad suprema, al entregarnos al servicio amante de los demás con afecto sincero. Esa es entonces la fuente de la verdadera felicidad, es el agua viva que calma nuestra sed. No tenemos que ir más allá para encontrarla, no existe en otra parte. Ya hemos encontrado la felicidad, si tan sólo nos proponemos el servicio a los demás como el fin de nuestras acciones.

Para eso hemos sido creados: para hacer la voluntad de Dios. Como lo dice el libro de Urantia, “la virtud suprema es elegir de todo corazón hacer la voluntad del Padre en los cielos. Y la voluntad de Dios es el Amor, es el bien, manifestado en el servicio hacia la creación. Orientemos así nuestra vida. A cambio recibiremos todas las recompensas que Dios nos tiene preparadas, tanto en esta vida como en la que nos espera. Pero no lo hagamos por las recompensas esperadas: hagámoslo por amor. Por amor a Dios, por agradecimiento hacia Dios y por amor a su obra, cuya mayor manifestación en esta vida material somos nosotros mismos.